



Análisis. Revista Colombiana de
Humanidades
ISSN: 0120-8454
revistaanalisis@usantotomas.edu.co
Universidad Santo Tomás
Colombia

Alfonso Salgado, Henry Armando
Una filosofía ecológica en Rodolfo Kusch
Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, núm. 77, 2010, pp. 137-152
Universidad Santo Tomás
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551845008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Una filosofía ecológica en Rodolfo Kusch*

Henry Armando Alfonso Salgado**

Institución Educativa Distrital Colegio Carlo Federici - Bogotá, Colombia

Recibido: 10 de mayo de 2010 • Aceptado: 22 de julio de 2010

Resumen

En su obra filosófica, el pensador argentino Rodolfo Kusch busca desentrañar el pensamiento del indígena y del campesino para poner en evidencia ese aferrado espíritu ecológico de América que está tan arraigado al suelo y a la vida. El suelo no se reduce a los cuatro puntos cardinales, tampoco se divide en suelos diferentes (el suelo es la extensión), sino que indica la situación, anclada en la categoría de "estar", en la tierra. El pensamiento ecológico de América debe buscarse como una raíz muy profunda sin utilizar la fuerza, puesto que la vida se encuentra arrraigada en lo más profundo de la tierra y no debe arrancarse por mediaciones que desnaturalicen los procesos mismos de estar en la tierra. De esta forma, el pensar ecológico-cosmológico se convierte en la matriz o en el fundamento de toda una filosofía cosmológica indígena que, a su vez, es la gestora de otras estructuras como la política, la arquitectura, la economía, la religión y otros ámbitos de su organización cultural, bien sea como imperio, civilización o comunidad organizada. Así su concepción cósmica-ecológica es la base o raíz que nace de la semilla sobre la cual se gestan los principales imperios americanos.

Palabras clave: filosofía ecológica, cosmología indígena, suelo, naturaleza americana, estar.

* Resultado de su proyecto de investigación para optar por el título de Magister en Filosofía Latinoamericana.

** Candidato a Magíster en Filosofía Latinoamericana, Universidad Santo Tomás, Bogotá. Docente de Sociales y Filosofía del SED Bogotá. Correo electrónico: hearaldo18@gmail.com

An ecological philosophy in Rodolfo Kusch

Abstract

In his philosophical work, the Argentinean thinker Rodolfo Kusch seeks to unravel the Indian and countryman's thinking to highlight the ecological clinging spirit of America which is deeply rooted in land and life. Land is not only reduced to the four cardinal points, it is not divided in different soils either, and soil is the extension. It indicates the situation, anchored in the category of "to be" on the land. The American ecological thinking should be searched as a very deep root without using strength, for life is deeply rooted in the depths of the earth and it should not be pulled up by mediations altering the nature of processes of being on earth. This way, the ecological-cosmological thinking becomes the matrix or basis of an indigenous cosmological philosophy which, in turn, is the manager of other structures, such as politics, architecture, economics, religion and other environments of its cultural organization, either as an empire, a civilization or an organized community. Thus, its cosmic-ecological conception is the basis or the root which is born from the seed over which the main American empires are built.

Key Words: ecological philosophy, indigenous cosmology, soil (land), American nature, to be.

Une philosophie écologique chez Rodolfo Kusch

Résumé

Dans son œuvre philosophique, le penseur argentin Rodolfo Kusch cherche à percer la pensée de l'indigène et du paysan afin de mettre en évidence ce marqué esprit écologique de l'Amérique qui est si enraciné au sol et à la vie. Le sol ne se réduit pas uniquement aux quatre points cardinaux, il ne se divise pas non plus en terrains différents, le sol, c'est l'extension, il indique la situation, ancrée dans la catégorie de "l'être", sur la terre. La pensée écologique d'Amérique doit être cherchée comme une racine profonde sans user de la force; puisque la vie se trouve enracinée dans les profondeurs de la terre, elle ne doit pas être arrachée par des médiations dénaturalisant les processus mêmes d'être sur la surface de la terre. De cette manière, le penser écologique-cosmologique devient la matrice ou fondement de toute une philosophie cosmologique indigène qui à son tour, est la gestionnaire d'autres structures comme la politique, l'architecture, l'économie, la religion et d'autres entourages de son organisation culturelle, que ce soit comme empire, comme civilisation ou comme communauté organisée. Ainsi, sa conception cosmique-écologique est l'origine ou la racine à partir de laquelle germe la semence des principaux empires Américains.

Mots clés: philosophie écologique, cosmologie indigène, sol, nature américaine, être.

De la Pachamama nos hemos levantado (toktaña) nosotros, y por eso volveremos a ella misma, cuando envejezcamos. Ella nos da toda la bendición, por eso también somos gentes [...]. Los hombres de hoy ya no piensan así, desvían su pensamiento, se quieren ir a otro lado, pero eso espíritu nomás es [...]. El cuerpo está en la tierra, pertenece a ella. El espíritu a la Gloria. Así es eso. El alma del cuerpo de todas maneras estará siempre en la tierra. De esta tierra nos hemos levantado [...]. Con todo esto vivimos ahora, en este momento [...]. Si no tuviéramos espíritu ni alma, no seríamos hombres ni nada (Felipe Cota, citado por Kusch, 2000, vol. 3, p. 194).

En su obra filosófica, el pensador argentino Rodolfo Kusch busca desentrañar el pensamiento del indígena y del campesino para poner en evidencia ese aferrado espíritu ecológico de América que está tan arraigado al suelo y a la vida. No es una simple reflexión, toma de conciencia o forma de vivir que debe darse; es mucho más que eso, algo sagrado e irracional que se pierde en la profundidad del charco y de la vegetación americana. Se trata de una forma religiosa en la que mágicamente aparece la vida como máxima expresión de lo sagrado, es decir, brota de las entrañas de la tierra y engendra todo lo que está, incluso al mismo hombre, dentro del poder creador de esta perfecta e incontenible fuerza vital.

América es vegetal, respira la vida que se desprende del suelo y crece en un permanente ascenso, cual semilla de un árbol que se ramifica invadiéndolo todo. La vida en América *está ahí*, en lo vivo y en lo aparentemente inerte; aquí la vida es sagrada, junto con todo lo demás, aquello que se mueve y no se mueve, lo consciente y lo inconsciente, lo emocional y lo racional, lo que llega para *ser* y lo que siempre *ha estado allí* en lo profundo del suelo, en la superficialidad y en el aire que se respira, en el cuerpo y en el espíritu. En América, la vida está en la tierra, como diría el campesino boliviano, Felipe Cota.

El pensamiento ecológico de América debe buscarse como una raíz muy profunda sin utilizar la fuerza, puesto que la vida se encuentra arraigada en lo más profundo de la tierra y no debe arrancarse. A pesar de todo lo que se diga, guste o no, ¡América es naturaleza!, es un continente vegetal, es una

esperanza para la vida que se va debilitando y que persiste en mantenerse a pesar de todo.

América tiene una etimología propia que da cuenta de su espíritu ecológico, cuya base o raíz es el *estar*, sobre el cual se levanta vertiginosamente el frondoso árbol de la vida desde las entrañas del suelo hasta el espíritu mismo de América. De este modo, el pensamiento americano implica arraigo a la madre tierra como domicilio existencial en una conciencia cósmica milenaria que aprisiona sin posibilidad de escapar. Por lo mismo, la tierra es una gran casa, un interminable recinto sagrado que nos atrapa con su follaje y sus raíces, ese acogedor domicilio con una gran historia, un pasado, un presente y un futuro que solo ella conoce, determina y gobierna en su natural inconsciencia.

Para el indígena y el campesino, la tierra es hogar que acoge. Este filósofo argentino, apoyado en otros autores, y en palabras, gestos y acciones de los mismos campesinos e indígenas del altiplano, realiza a través de su obra un ejercicio de interpretación, que permite explicar el pensamiento ecológico de estos seres humanos, no sólo en el sentido de domicilio sino además considerando a la tierra como el espacio de germinación y crecimiento y la fuente misma de la vida que posibilita la existencia.

Pero mucho más propio del sentir indígena sería el término *utcatha*, que significa *estar*. Además, pareciera llevar en la primera sílaba un apócope del término *uta* o *casa* lo cual lo vincularía con el concepto de *domo* o sea *domicilio* o *estar en casa*. Significa también *estar sentado*, lo cual nos lleva paradójicamente al *sedere*, de donde proviene el ser castellano. Finalmente se menciona la fórmula *utcaña*, que significa *el asiento o silla* y también *la madre o vientre* donde la mujer concibe. En suma, se trata de un término cuyas acepciones reflejan el concepto de un *mero darse*, o mejor aún de *un mero estar*, pero vinculado con el concepto de *amparo y germinación* (Kusch, 2000, vol. 2, pp. 268-269).

Así el hombre está seguro, protegido, porque se halla domiciliado en su hogar y por lo mismo el campesino asume una actitud de *dejarse estar*, de un simple y mero vivir *aquí y ahora en el mundo* sin más. Puede verse a simple vista como una aparente aceptación pasiva, pero es también una gran apertura de acogida y confirmación de su condición de hijo de la tierra y hermano

de los otros seres que conforman la naturaleza en su totalidad, en una relación familiar que involucra el cuerpo y el espíritu en forma ascendente, sin escapar de la tierra.

Si la doble vectorialidad fuera una condición del pensamiento en general, entonces en el campesino boliviano se invertiría la relación, porque en él predomina la apertura hacia la búsqueda de los dioses innombrables, sobre la línea del *yo-mundo*, el cual, por su parte, se atrofia para quedar reducido al simple *pacha*, o sea la existencia de un *vivir aquí y ahora dentro de un hábitat* (Kusch, 2000, vol. 2, p. 627).

La concepción cosmológica indígena está atravesada por ese pensamiento ecológico que hunde sus raíces en la misma vida como centro germinativo y de crecimiento, en un constante proceso de gestación, crecimiento, transmisión y continuidad. El hombre está dentro de una casa, un domicilio, un *estar ahí*, donde se genera permanentemente la vida, una vida pegada al *suelo* como hábitat, hogar o residencia que brinda alimento. El suelo no sólo es la superficie o piel de la tierra, es también la altura, la profundidad, la periferia y el piso sobre el cual la vida se arrastra y el hombre se desplaza.

El suelo no se reduce a los cuatro puntos cardinales, tampoco se divide en suelos diferentes; el suelo es la extensión de la *pacha* que se presenta en todas las dimensiones: geográfica, geométrica, corporal y espiritual. Este viene siendo la compleja totalidad espacio-temporal, inseparable e indivisible. Pero el cosmos o la *pacha* van mucho más allá de esa mera totalidad espacio-temporal, es mucho más consiste en una totalidad que soporta un permanente *estar vivo*.

Para el indígena, el ombligo liga a sus hijos con la tierra y el *zonco* (o corazón) es la semilla que se esparce en las cuatro direcciones, como lo expresa el canto y el arte indígena y lo enseña también la filosofía o sabiduría encarnada en los *amautas*. Por ejemplo, en el poema de Guamán Poma de Ayala, se sintetiza el esquema del cosmos; aquí el *pacha* es suelo, pensado como *hábitat* o *residencia*. Hay cuatro clases de *pacha*: el de arriba, el de aquí, el de adentro y el del límite. Además el dios innombrable (Viracocha), crea el *kay pacha*, o sea éste *pacha* (el de aquí). El *pacha* permea la intelectualidad del indígena convirtiéndose en su saber vital, esto es, un saber vivir ligado a la vida.

La filosofía indígena no discrimina el saber por separado de su vida, sino que gira en torno a este mismo vivir, que llamamos *Pacha*... pero a su vez vinculado con las cosas nombrables, lo que llamamos *hábitat*, en un “*aquí y ahora*” ... Según Garcilaso, en el saber del *amauta*, entraba por ejemplo la astrología. A su vez *otta*, debe ser *uta*, que en aymará, significa *casa* ... Un mundo desgarra-dado entre el buen y el mal suceso, es indudablemente un mundo inhabitable, pero su *habitabilidad*, no habrá de encontrarse sólo con un *estar*, *utcatha*, sin más, sino ante todo con ser dueño del *corazón*, o si no también, poniendo la *nayra*, antes del juego adivinitorio de la cosa, o recordando, *amautaththa*, pero con vistas a lograr el *amu* o “*botón de flor*” (Kusch, 2000, vol. 4, pp., 377 y 380).

La religación hombre-tierra es una relación maternal en que el ser humano se reconoce hijo de la tierra o del cosmos, ya no es el hombre creador al lado de un gran dios también creador, sino el encargado de la *conjuración* del cosmos, mediante la cual se busca volverlo un *hogar o domicilio habitable*, pues de la simple acción humana no va a depender su existencia o inexistencia, ni la del cosmos. La conjuración determina más bien la subsistencia y ésta depende de la forma en que el hombre se relacione con el mundo y se domicilie en él.

En esa mutua relación de reciprocidad, la tierra da al hombre la vida y le suministra el alimento; también lo dota de los brazos para alcanzarlo, las manos para llevarlo a la boca y los dientes para triturarlo y hacerlo digerible. Así como un bebé se comunica con la madre, el hombre primitivo acude a mensajeros y a señales que lo conectan también con la tierra. Es como si la necesidad hiciera los dioses, pero no para crear sino para conjurar el mundo, haciéndolo habitable.

Otros conceptos importantes del pensar indígena son la *pacha* y el *kuty*. Según se desprende del análisis de los *ceques*, *el pacha*, al margen de todas las acepciones que tiene, significa primordialmente *hábitat vital que se da aquí y ahora*. En este sentido cabe comprender la calificación del dios innombrable (Viracocha) como *Pacha-yachachic*, o sea como el que “enseña el *pacha*”. El significado de *Manco Capac*, es el del demiurgo que pone en práctica “*dicha enseñanza*”, ya que construye el *Coricancha*, o sea que proporciona el ritual necesario para mantener el *Pacha o Hábitat* ... El *Kuty*, por su parte que ya fuera interpretado por José Imbelloni, se refiere entonces al temor del “*vuelco*” del *pacha*, o sea al trueque de un hábitat favorable a otro desfavorable (siendo para evitarlo, necesaria la conjuración) (Vol. 4, p. 256).

La semilla, como ya se dijo, es el corazón o punto germinativo a través del cual se gesta la vida como conocimiento y unidad de pensamiento. No en vano en los rituales indígenas, cuando se sacrifican las víctimas, su corazón es ofrendado a los dioses, bien sea para aplacar su furia o para recibir algún beneficio o cosecha, así como para predecir y conjurar, es decir, para torcer lo nefasto y producir lo fasto, pretendiendo un giro favorable al destino.

De esta forma, el pensar ecológico-cosmológico se convierte en la matriz o fundamento de toda una filosofía cosmológica indígena que a su vez es la gestora de otras estructuras como la política, la arquitectura, la economía, la religión y otros ámbitos de su organización cultural, bien sea como imperio, como civilización o como comunidad organizada. Así su concepción cósmica-ecológica es la base o *raíz* que nace de la *semilla* sobre la cual se gestan los principales imperios americanos.

Pensemos así mismo que los *huatapurichi*, consiguen su cargo, o sea el de vaticinador del tiempo y de año con fines agrícolas, a raíz de la destreza demostrada cuando arrancan el corazón de un animal y lo mantienen palpitando entre sus manos. Con ese manejito del corazón se convierte entonces en un símbolo visual equiparable entonces a un *centro mágico*. El corazón ha constituido siempre el quinto elemento de todo ser viviente, un símbolo de integración o equilibrio que puede darse a nivel de la adivinación, como también en la *estructura de su imperio*, como en el caso de las cuatro zonas establecidas por el *Inca* en su *ciudad ombligo*, el *Cuzco*, seguramente concebido también en términos de corazón, o en su defecto como *semilla* (Vol. 4, p. 305).

Para el inca, el ombligo del mundo es el Cuzco. “Cuzco era el centro germinativo, la gran semilla” (Kusch, 2000, vol. 4, p. 100), el corazón vivo y palpitante a partir del cual se origina el imperio, el suelo donde el imperio se reencontraba con la divinidad. Es la piedra sobre la cual se construyen grandes imperios, el punto de contacto entre materia y forma, pero es, además, el embrión que cae a la tierra y desde allí comienza a levantarse para producir el fruto. A la inversa, no habría vida porque la semilla necesita de la tierra para germinar, no viene desde el aire, no desciende para ascender, sino que asciende para descender y Viracocha es el espíritu que fecunda la tierra para que se abra y germe el embrión; por eso, Viracocha es el enseñador de la vida, es quien

tiene el secreto de la Pachamama; pensamiento éste desentrañado por Kusch en lo que él denominó el pensamiento seminal del indígena sobre la Pacha y que es enseñado y ejecutado por Viracocha, su maestro.

Se diría que la realidad es interpretada según el criterio de fecundación o depósito de la semilla en un ámbito propicio, para que se produzca la germinación, y por consiguiente, la obtención del fruto. Viracocha es entonces, la semilla en forma de orden cósmico cuadrangular que depositada en el mundo o *caos*, da el fruto, el cual por su parte es *el maíz*. No es difícil encontrar esta forma de razonamiento en los sacrificios sangrientos, donde la víctima es “depositada”, también en el *mundo sagrado*, para obtener *el fruto*. Consiste en un mensaje que entregan los mortales a la víctima, para que ésta se lo lleve a dios [...]. Todo el obrar y el sentir indígena parece seguir esta *inmersión de lo seminal*, en una totalidad antagónica. De ahí las conjuraciones mágicas o la magia en general, que apunta a que *lo seminal*, se convierta en *fruto*. En torno a estos tres elementos gira el mecanismo intelectual del indígena (Vol. 4, p. 99).

De ese modo, la fecundación se entiende como lo que es: un acto sexual sagrado, así lo es también todo lo que acontece a su interior: la caída de la semilla, la cópula, la fecundación, la gestación, el crecimiento, el fruto, el envejecimiento, la reproducción y la muerte, porque todo es parte de la vida y la vida en América es sagrada, es un ritual cíclico permanente que presencia el hombre y gracias al cual nace, vive, subsiste y muere, así como sucede con el árbol y la libélula, aunque en lapsos de tiempo diferentes.

Para Kusch, la filosofía ecológica en América es una metafísica vegetal. Razón tenían los europeos cuando decían que el hombre americano está contaminado por la naturaleza y ahogado en los charcos que en ella se forman, no puede ser de otra manera. El hombre americano brota como un fruto de la rama de los árboles, de la maleza y vuelve a ella. Aunque no quiera, la naturaleza lo produce y ella misma lo devora, ella necesita recuperar el alimento que dona permanentemente, es como si necesitara recobrar su fuerza bebiendo la sangre antes de una nueva cópula, para crear una nueva vida, *nuestra naturaleza es así*, como lo diría algún indígena boliviano, “*el mundo es así*”, y el mundo en América es naturaleza.

La naturaleza no es excluyente, ella acoge en sus entrañas al bien y al mal; es un gran dios o un gran demonio que esconde su verdad en las leyes ondas de la tierra; no es algo superficial que se ha inventado de un momento a otro. Aquí, el hombre no es dueño de su destino, como se ha querido hacer ver: la tierra crea al hombre, ella lo gobierna y a ella regresa el hombre. Habrán otras sabidurías, pero ésta es muy grande: se nace del polvo, se es polvo y al polvo se regresa. Entonces, ¿para qué y por qué tanta pulcritud en América e incluso fuera de ella? Es mejor, dice Kusch, dejarse seducir, dejarse vivir en América sin evadir la realidad americana.

Todo esto es el modo de no dejarse “*seducir por la barbarie*” –y obviamente, no dejarse ilusionar con la “*civilización ficticia*”– sino, por el contrario, reconocer su realidad viviente, desplegar en lo demoniaco y vegetal sus posibilidades, no avergonzarse ni del hedor ni del diablo y poder contribuir así a la América Madura, la que brota “*desde la barbarie*” y no “*contra la barbarie*” [...]. Aceptando la aparición de una América dividida en dos verdades: la de su naturaleza demoníaca, y la verdad de ficción de la urbe [...]. Esa América vegetal caótica, que no rehusa las formas [...]. El sentido vegetal de la vida, viene de la época precolombina, traspasa al caudillo, en donde adopta la forma de la *barbarie*, amenazando transformar nuestra ficción europea en una realidad cruelmente autóctona [...]. Existe como una perturbación del vegetal en la psicología social americana. Y esta perturbación agranda lo americano en un sentido telúrico. De ahí el continente mestizo. América toda se encuentra irremediablemente escindida entre la “*verdad de fondo de su naturaleza demoníaca y la verdad de ficción de sus ciudades*” (Kusch, 2000, vol. 4, pp. 5 y 22).

Estar domiciliado en América es perderse en el paisaje, refundirse en el follaje y en las raíces de ese gran demonio que es la naturaleza, porque en América, a la inversa de Occidente, “*la naturaleza está primero que el hombre*”, quien comparado con el cosmos, sigue siendo un infante que aun no alcanza a comprender las cosas. En América, la tierra es el fondo y el origen fundante de la vida, la decisión del hombre es insignificante frente al poder de la naturaleza, ella está por encima del espíritu racional.

La naturaleza en su inconsciente sabiduría hace del paisaje americano, según Kusch, una exuberante y primitiva totalidad, manifestada en un estar siempre ahí, optando por múltiples posibilidades. Esa totalidad que todo lo

contiene está dotada de la inconsciente posibilidad de escoger entre unas u otras; ésta, pudiendo optar por el hombre o por el vegetal, o sea entre la definición rotunda o la definición circunstanciada, opta por la circunstanciada, por el vegetal. Sin embargo, el hombre, estando domiciliado en su hogar y sintiéndose privilegiado por la naturaleza, debe asumir tan mayúscula responsabilidad, no en el sentido de truncar o destruir, sino de continuidad de su proceso evolutivo propio y fundamentalmente el de la naturaleza misma.

Este aserto presupone que el ser humano no está únicamente sobre la tierra. No es un peregrino errante, un pasajero proveniente de otras partes y perteneciente a otros mundos. No. Él es hijo/a de la tierra. Él es la misma tierra en su expresión de conciencia, de libertad y de amor. Ya nunca más se apartará de la conciencia humana la convicción de que somos tierra (*adam-adama*) del relato bíblico de la creación, y que nuestro destino está indisociablemente ligado al destino de la tierra y del cosmos en que se inserta la tierra (Boff, 1996, p. 28).

En el paisaje del estar, no existe una medida del tiempo, ni del espacio que congele al ser y lo detenga; no hay demarcado un patio que lo reduzca a objeto y lo encierre. El suelo americano es un paisaje que está abierto y no un territorio que se marca y se cierra; no conoce límites espacio-temporales; una totalidad no puede reducirse caprichosamente a un sinnúmero de partes. A una entidad primigenia que ha podido existir y autoabastecerse por sí y para sí misma milenariamente; le salen sobrando las aprobaciones o desaprobaciones prematuras. Doloroso o no, en América, es la inconsciencia de la naturaleza, la que determina el ser consciente del hombre y no es el ser humano consciente quien entra a determinar el destino de la inconsciente naturaleza, pues en este caso la conciencia es sólo una parte de la inconsciencia y, por ende, puede ser determinada por ésta, así como la razón es sólo una parte del pensamiento.

El predominio de la vegetalidad en las selvas, los ríos torrentosos, la pampa inmensa, crea un paisaje en que el hombre aún no existe, aunque éste participe y sea llevado como posibilidad en su seno. El demonismo del paisaje, que se explicita en la negrura de toneladas de humus, en vez de contribuir al hombre, se pierde en la creación incesante de un continente estático y vegetal, que genera formas y mentalidades según la génesis del árbol [...]. En todo predomina cierta ambivalencia rudimentaria, entre vegetalidad y devenir, entre

forma y vida que se extiende al antagonismo entre hombre y naturaleza, entre inteligencia y demonismo, con el agravante de que "*el hombre lleva todas las de perder*" (Boff, 1996, pp. 27 y 29).

La historia americana es grande y milenaria, una historia total que no puede fragmentarse caprichosamente. No es la historia de un hombre, ni la historia antigua, ni la medieval, ni la historia de la Ilustración o de la filosofía. No, la historia es una sola, es la historia del cosmos, la historia de la tierra. Esa historia terrible que solo conoce la naturaleza, desde sus orígenes; la historia de los cuatro elementos en la que se funde lo vivo y lo inerte. Lo vivo es una emanación de lo inerte que se dio antes del tiempo, así como el espíritu se desprende de la materia. También el hombre surgió de las entrañas de ese dios terrible, pero no se ha desprendido de él, porque es la conciencia de la inconsciente naturaleza.

El estado de conciencia del hombre en América le permite reconocer, en primer lugar, que él efectivamente forma parte de la naturaleza, porque es "una prolongación de ella misma" (Kusch, 2000, vol. 4, p. 36), lo cual significa que su conciencia tiene valor, porque además de ser su conciencia, es la conciencia de la tierra, es decir, la conciencia de la inconciencia, como ya se dijo. En estos términos, no está separado o emancipado de la naturaleza y no tendría porque estarlo, por el contrario, siempre "está ligado a ella" (p. 35).

La naturaleza es un mar, en el que el hombre fue engendrado por una simple diferenciación de masas echadas a rodar en su seno [...]. Ya lo habían expresado así los mayas en su cosmogonía, cuando Jurakán, en vez de crear al hombre del fango –es decir con una participación innominada de la naturaleza– lo crea con lo que hay de más partículas en ella: la madera, el maíz [...]. El americano es así el fenómeno consciente de la naturaleza, su complemento, pero desafortunadamente un complemento en rebeldía [...]. Entre el árbol y el hombre, no dista más que una diversa aplicación de una energía original. En el vegetal, la energía se da al principio, se define como savia, pez, alga, o árbol; pero en el hombre está al final, sale de sus manos para crear un mundo fijo que, si bien llama espíritu, no escapa a la índole del vegetal (pp. 34- 35).

La historia grande de América no es la historia de la ciudad pulcra que aparece repentinamente. El mito del progreso es solamente una dimensión humana

que pretende abarcarlo todo, su buena intención de transformar el entorno en beneficio del "yo" cartesiano; es una forma de sustituir la ira divina por la ira del hombre (Kusch, 2000, vol. 4). El progreso es quizá la forma de satisfacer las necesidades humanas para sobrevivir, buscando una racionalización de los recursos que le permitieran adaptarse al medio. La inteligencia del hombre es majestuosa porque tal vez es el único organismo de la naturaleza que se las ha arreglado de la mejor forma para acomodarse al medio, y eso hay que reconocerlo.

Ha tenido la capacidad de adaptarse a la humedad del lago, a la aridez del desierto, a la furia de los ríos cuando salen de su cauce, al frío y a la nieve de la montaña, a la rigurosidad e inclemencia de la selva y a la profundidad del océano. Ha recibido de la naturaleza desde lo más benigno hasta lo más inhóspito, pero ahí está el hombre; la naturaleza le ha transmitido parte de su sabiduría, le ha enseñado a vivir y a morir en ella sin extinguirse todavía.

El problema del progreso para el ser humano es que éste ha pasado de medio a fin y ha creado el dilema en el hombre de escoger entre la naturaleza primigenia y la segunda naturaleza, es decir, entre la civilización y la barbarie, entre el ser y el estar, entre la ciudad civilizada y pulcra y entre la ira divina, es decir, la tierra desnuda y hedionda. El hombre ha creado el progreso y con él la ciudad, su máxima expresión, pero se ha convertido en víctima de su propio invento, "porque el progreso suprime y absorbe la ira divina" (p. 136). El progreso parece fagocitarlo y devorarlo todo.

América necesita realizar una fagocitación, pero a la inversa, que se desprenda de sus raíces y se inicie desde el propio suelo, desde el paisaje, y absorba la gran ciudad, la creación ficticia que también es parte suya porque es del hombre y el hombre es naturaleza. América es salvajismo y éste se da solo en el suelo en toda su plenitud. El paisaje es profundidad, fondo, fundante, totalidad; el paisaje es la parte de la tierra que se hace visible, es su epifanía, como la epifanía del suelo es el hombre y ambos forman parte de la tierra; ella es el origen que todo lo crea y puede destruirlo todo si quiere (p. 25).

El suelo es el límite entre la idea y la naturaleza, es el punto de intersección entre lo original del estar y la creación del ser, donde el hombre se hace

partícipe de ambas realidades, es el punto de tensión donde la conciencia del hombre pierde el sosiego y necesita reivindicarse con sus orígenes para hallar la seguridad y la tranquilidad del aquí y el ahora, para recuperar su condición natural. Dice Kusch (2000) al respecto:

Nos interesa solamente hacer ver aquí que en todo tiempo el americano es víctima del vegetal, por un lado, y de la idea, por el otro, y que no concilia su escisión, si no es haciéndose mentalmente mestizo. De ello se encarga el vegetal que nunca se relega, sino que abarca a todo el hombre y a todas sus manifestaciones. Selva, árboles, piedras, animales, son los medios naturales de fijación y expresión. La naturaleza en su formalidad, expresa el linaje. Ella comparte, plenamente "consciente", la visión y la posesión de las cosas. (Vol. 4, pp. 33-34)

Todos los grupos humanos están ligados al suelo, hayan tomado conciencia o no de ello, por eso, en América se recurre al mito sagrado de Quetzalcóatl, una forma de cohesionar las comunidades y estrechar los vínculos entre los hombres y estos, con la tierra; así, el concepto de individualidad y de propiedad privada no tienen razón de ser, se desvanecen ante la totalidad sagrada del cosmos; aquí se padece y se soporta el *peso del suelo*, se siente la gravedad de la tierra que empuja o jalona hacia lo profundo, hacia el fondo vital o raíz.

En la América Vegetal, no puede pensarse de manera egoísta, la tierra no es un trofeo que se disputa, carece de valor de cambio, se mantiene estática ante el hombre, ella no puede trasladarse de un lugar a otro como un ser cualquiera. La tierra sólo es dinámica para su inconsciencia y puede moverse por sí misma, hasta estremecerse, así tenga que causar catástrofes; ella es muy pesada como para que el hombre la cambie de lugar, por eso es inútil comprarla, venderla o encerrarla.

Todo lo humano en América se desprende de ella, del suelo o del hábitat. Existe la inconsciencia desde el suelo y no desde el espíritu, como ya se había manifestado; esto implica el desenvolvimiento de una ecología que permea todas las esferas de la vida, y lo es por tratarse de una emanación de la vida que viene desde lo profundo, desde ese centro seminal donde todo germina, allí surge la vida que va ligada al pensamiento y a la emoción; eso hace que

el hombre en América no pueda elevarse tan fácilmente a los caprichos del espíritu y de la razón; el peso del suelo no se lo permite, por lo menos, así lo manifiesta el arte americano.

Con un pueblo así, el arte, el gran arte ha de ser feo y caótico, porque reptá a ras de tierra como las lagartijas y las serpientes. Y ese es el arte que debemos realizar sin mezclas tímidas y ambiguas. Es el arte de la insolencia y la fealdad. Y sólo poniendo la voluntad en esa fealdad tendremos un gran arte. Porque ¿qué es belleza y forma, sino un tipo de fealdad y caos llevado al plano universal? [...]. Debemos retornar al antiguo camino, el que va desde el germen hacia arriba, aunque ello signifique el suicidio aparente de la inteligencia por su inmersión en la vida [...]. Es el camino de la naturaleza que hace que un hombre pase de la minoría de edad a la madurez (Kusch, vol. 4, 482).

Así también el arte es una muestra visible de ese gigantesco monstruo que domina al hombre y lo arrastra, ese hervidero espantoso que ofrenda la vida, que todo lo moldea y a todos alimenta; ese dios o demonio que todo lo mata y lo consume. *América vegetal* manifiesta su epifanía a través del arte, así como el indígena se manifiesta mediante su rostro y su corazón, y el hombre occidental a través del espíritu y la razón. En América se produce una permanente *vegetalización de lo humano*, que genera un compromiso violento con la naturaleza, prevaleciendo la historia de la tierra. La historia del espíritu en América es vista como una evasión que se da a través de la ciudad y de la pulcritud (pp. 798-800). En América, se da necesaria y obligatoriamente el estar, como condición de su ecología. El ser es intangible e imaginario, una atribución ontológica y nominal de los objetos, es un juego entre lo que se da y la palabra, entre los entes y el lenguaje, es una atribución netamente humana.

En general, ese pensamiento ecológico visto a través del lente kuscheano muestra el cosmos como el domicilio existencial, el hábitat o la naturaleza como la idea fundamental que, siendo ecológica en esencia y en principio, es determinante en el horizonte cultural del estar del hombre en América, y no al contrario; no es la cultura la que determina al cosmos, porque es su producto y no su génesis, el mito urbano de la “pulcritud” es muy reciente comparado con la milenaria estructura mítica del “hedor”, del estar caído, embarrado o reptando sobre la tierra.

Referencias

Boff, L. (1996). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid, España: Trotta.

Kusch, R. (2000). *Obras Completas* (Vol. 2-4). Rosario, Argentina: Fundación Ross.